

Los troncos de Bracho

CARLOS BRACHO

TRANCO I

Tranco en el que nuestro ínclito autor, el maestro Bracho, nos lleva por un camino que todos andaremos, tarde que temprano. Y son dos maneras distintas de ver este suceso. El de los filósofos y el de los poetas. Sus argumentos son válidos y tienen un receptáculo en nuestros sentimientos. Veamos que es cierto:

Muchas doctrinas admiten la inmortalidad del alma. Para tales doctrinas la Muerte es lo que decía Platón: "La separación del alma del cuerpo". Con esta separación se inicia, en efecto, el nuevo ciclo de vida del alma, ya se entienda este ciclo como la reencarnación del alma en un nuevo cuerpo o como una vida incorpórea. Plotino expresó esta concepción diciendo: "Si la vida y el alma existen después de la Muerte, la Muerte es un bien para el alma porque ejerce mejor su actividad sin el cuerpo". (Nicola Abbagnano. Dicc. De Filosofía. FCE). Y siguiendo al maestro Abbagnano, la Muerte se puede considerar: 1) como deceso o sea como un hecho que tiene lugar en el orden de las cosas naturales; 2) en su relación específica con la existencia humana.

1) Como deceso, la Muerte, es un hecho natural como todos los otros y no tiene para el hombre, un significado espe-

cífico. Existen procedimientos objetivos para la comprobación de este hecho. Un médico, por ejemplo, es llamado a comprobar el deceso de una persona y en este caso tal deceso es un hecho comprobable, de naturaleza biológica. Marco Aurelio hablaba de la igualdad de los hombres frente a la Muerte: "Alejandro de Macedonia y su caballero, muertos, se reducen a la misma situación: reabsorbidos ambos en las regiones seminales del mundo o dispersados ambos entre los átomos" (Soliloquios, VI, 24). Shakespeare nos dice, a través de Hamlet: "Alejandro murió,

Alejandro fue sepultado, Alejandro hizose polvo; el polvo es tierra; y de la tierra se hace barro, y ¿por qué con ese barro en que se convirtió no podría taparse un barril de cerveza?". Sartre, rotundo que es, nos dice: "La Muerte es un puro hecho, como el nacimiento; viene hacia nosotros desde el exterior y nos transforma en exterioridad. En el fondo no se distingue de manera alguna el nacimiento".

Eso, amigas insumisas, nos dicen algunos pensadores sobre la Muerte. Pero leyendo en Cuadernos Americanos, en el tomo 5 de 1953, en donde Carmen Zardoya hace una buena recapitulación sobre lo que algunas mujeres latinoamericanas han escrito sobre este tema. Me "cuelgo" de lo estudiado por Carmen Zardoya:

Delmira Agustini (1890-1914) Uruguay, amó y murió trágicamente. Vivió para el amor y sólo en la muerte se sació ple-



©Carlos Bracho 2006

Carlos Bracho

namente su sed inextinguible. “Llevar a la fosa misma/ un pétalo de mi cuerpo.” La muerte es polo del amor y de la vida. De ahí que ambos temas en Delmira se hallen frecuentemente asociados o ligados a aquélla o fundidos entre sí: “De todos esos vasos donde bebí la vida,/de todos esos vasos donde la muerte bebo...” Poco a poco –sigue diciendo Carmen– su conocimiento de la muerte se hace más y más sereno, más auténtico: “Yo muero extrañamente... No me mata la Vida,/no me mata la Muerte, no me mata el Amor.” Y pide una barca para llegar a la muerte: “Preparadme una barca como un gran pensamiento.../ La cargaré de toda mi tristeza, y, sin rumbo,/iré como la rosa corola de un nelumbo,/por sobre el horizonte líquido de la mar.../ Barca, alma hermana: hacia qué tierras nunca vistas,/de hondas revelaciones, de cosas imprevistas/ iremos?.../ Yo ya muero de vivir y soñar...” Delmira Agustini fue una gran poetisa sombría. Sus cantos de júbilo casi siempre aparecen oscurecidos por la tristeza o las sombras de la muer-

te. Delmira quiso derrotar a la muerte anticipándose a ella con su vida y con su obra poética.

Y de Gabriela Mistral, la chilena ilustre, Zardoya entresaca de estos poemas:

–Desolación– algunos versos que nos muestran el lado oscuro de la Mistral, pero todo es producto de la amargura y desesperación en que la sumió el suicidio del hombre amado: (Los huesos de los muertos): “Los huesos de los muertos/hielo sutil saben espolvorear/sobre las bocas de los que quisieron/ ¡Y éstas no pueden nunca más besar!/ Los huesos de los muertos/en paletadas echan su blancor/sobre la llama intensa de la vida./ ¡Le matan todo su ardor!/ Los huesos de los muertos/pueden más que la carne de los vivos./ Aun desgajados hacen eslabones/fuertes, donde nos tienen sumisos y cautivos!”. Y en “Otoño” Gabriela reflexiona: “Tal vez morir sólo sea/ir con asombro marchando/ entre un rumor de hojas secas/y por un parque extasiado.” Estas son otras evocaciones

de la Muerte hechas por la Mistral: “La Muerte tenía treinta años/y ya nunca más moría,/y la menguada Tierra nuestra/iba abriendo su Epifanía!/ Se lo cuento a los que han venido, y se ríen con insania:/ –Yo soy de aquellos que bailaban/cuando la Muerte no nacía.../”.

Y en cuanto a la otra poetisa grande el pasado siglo, mujer que llenó páginas inolvidables en las que nuestros abuelos de los abuelos se nutrieron, Carmen Zardoya hace un recuento de la argentina Alfonsina Storni (¿1884?1892-1938): Su obra contiene innumerables alusiones y evocaciones de la muerte en todas sus formas: “Y te amo a muerte, te amo; si pudiera/ bajo los cielos negros te comiera/ el corazón con dientes de leona.” O cuando nos dice que un día no habrá ya más besos ni tristezas: “Porque pienso que un día nos soplará los labios/ la Muerte y serán nada los besos tuyos sabios. /Y será nada aquella larga tristeza mía.../” Sí, la Muerte reina en medio del amor, porque amenaza siempre el hastío y al acabamiento, porque nace condenado a morir como todas las cosas transitorias de este mundo:

“Pensemos en nosotros... pensemos en mañana./ Si el amor termina? Si la duda nos gana?/ Ah, me dices ahora: ¡Qué miedo de perderte!/

Y entre las ramas, blanca, se aparece la muerte./” Y Alfonsina, trágica al fin, romántica de pies a cabeza: “Un día estaré muerta, blanca como la nieve,/dulce como los sueños en la tarde que llueve./ Un día estaré muerta, fría como la piedra,/quieta como el olvido, triste como la hiedra.”

La muerte, según Alfonsina es la liberación, dado que la vida es una cueva, una prisión. La muerte es bienhechora y madre: “Oh, muerte, bienhechora que para tí me hiciste,/apágame los ojos y anúlame la sien./” Como todos sabemos, Alfonsina Storni concluyó voluntariamente su vida a los cuarenta y seis años, arrojándose al mar:

“Para qué más? He terminado el viaje./ Tus catacumbas inundadas de aguas/muertas, oscuras, cenagosas, fueron/con mis manos palpadadas.” Y como ella en su interior sabía, sus huesos no lograrían estar en cementerio alguno: “Una muerta que nunca logrará cementerio./ Una muerta que espera frente

a la eternidad./” Así concluyó aquella vida azarosa, aquella existencia que vivía para el amor y para la pasión del amor: “Me es lo mismo la Muerte que la Vida.”

Y Juana de Ibarbourou? Juana (Montevideo 1895-1979), sentía el gozo de vivir la plenitud del amor, pero su poesía resume brevedad y muerte: “Tómame ahora que aún es temprano./ Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca/y se vuelva mustia la corola fresca./ Hoy y no mañana. Oh amante, ¿no ves/que la enredadera crecerá ciprés?”. Juana tiene una certeza: “No codicies mi boca... Mi boca es ceniza/y es un hueco sonido de campanas mi risa./ No me oprimas las manos. Son de polvo mis manos/ y al estrecharlas tocas comida de gusanos.” La pasional poetisa que fue Juana de Ibarbourou no le teme a la muerte: “Anda, di a la muerte/que aguardando estoy./

Anda, di a la muerte/que de bronce soy.” Y su delirio por la muerte crece, incontenible en su poesía, y en su vida, claro: “He visto a la muerte de cerca, de cerca./ Era tal como una mariposa negra./ Con sus grandes alas refrescó mis sienes./Mi cuerpo que ardía tembló de delicia...” Para Juana mujer, para Juana poetisa, la muerte es un acto de amor, pleno y total. La muerte no es la aniquilación sino simple cambio o transformación: es vida, es amor, es eterna juventud: “Amante: no me lleve, si muero, al campo santo./ A flor de tierra abre mi fosa, junto al riente/alboroto divino de alguna pajarera/o junto a la encantada charla de alguna fuente.”

Ah, digo ahora yo –y agradezco el empeño que tuvo en aquellos años de Cuadernos Americanos, la escritora Carmen Zardoya. Su trabajo no fue –nunca la fue– en balde. Hoy trato de hacerle a ella un pequeño, pequeñísimo homenaje al recordarla en estas líneas. Sí, la Muerte está aquí, está allá, permanece la Blanca, la Calaca, la Rumbera, la Ojona, la Mano Pachona, la Catrina, en atalaya continua. Aquí está, mirándonos, buscando con cual de nosotros hará el amor, y como la Viuda Negra, comernos y mandarnos al más allá después del acto amoroso. Bueno y Vale. 🍷